

tuales concurrentes. No faltaba ninguno; es decir, sólo faltaba el joven que debía ser presentado y el amigo que había de presentarlo.

Sonó la campanilla con vivo repiqueteo. Eran ellos sin duda alguna; mejor dicho, era *él*, porque en realidad *él* era el que faltaba.

Leocadia sintió abrirse la puerta y volver á cerrarse, y sus ojos, azules como el cielo, se anticiparon involuntariamente á recibir al recién llegado.

Hubo un momento en que creyó que las luces vacilaban y se oscurecían, cubriendo la sala con un paño negro, que los cuadros danzaban sobre las paredes, que los espejos se escapaban de los clavos á que estaban sujetos, que los muebles se movían, saltando sobre el pavimento. Las caras de los circunstantes daban vueltas alrededor de sus cuellos, pálidas, cadavéricas, haciendo gestos horribles, y en la puerta de la sala vió aparecer una sombra informe, y el aire se heló á su presencia.

Se agarró á la silla en que se hallaba sentada, para no caer desvanecida.

## VI.

Antes que Leocadia acabara de reponerse del vértigo que se había apoderado de ella, sintió sobre sus mejillas un beso frío, ni más ni menos

que si la besara un cadáver. Abrió los ojos, y se encontró con los de Victoria. Era la vecina la que la besaba. No había hecho más que entrar, y acudía á saludarla, como se saludan las amigas, con un beso. Detrás de los labios con que se besa están los dientes con que se muerde.

—¡ Ah! (exclamó Victoria, dirigiéndose á la madre de Leocadia.) He violado las leyes de la etiqueta saludando antes á la hija que á la madre; pero no nos hemos visto en todo el día; tenía hambre de verla, y al entrar, perdonen Vds., no he visto más que á ella.

Diciendo esto, se inclinó para besar á la madre, y la buena señora estuvo á punto de retirar la mejilla; pero en cambio puso la cara más agría que había puesto en su vida. La vecina no reparó en ello; se reanudaron las conversaciones interrumpidas por un momento, y siguió la animación entre los concurrentes.

Leocadia sentía un ardor particular, un ardor fantástico, en la mejilla en que Victoria había estampado sus labios; mas su imaginación, distraída, sólo pensaba en la rapidez con que corría el tiempo, pues veía que la aguja del reloj iba pronto á señalar las nueve y media: tan pronto, que pensando en que iban á dar, dieron, ó, mejor dicho, dió, porque el timbre del reloj dejó oír un solo golpe, seco, desabrido, que fué á morir en el corazón de Leocadia, oprimiéndolo hasta



arrancarle un suspiro. ¡Oh!... ¡era ya tan tarde!

Á poco rato sonó la campanilla de la puerta con cierta timidez, más aún, con cierta dulzura; parecía que pedía permiso para sonar, y Leocadia se estremeció de pies á cabeza.... Ya no cabía duda; era él, un poco tarde; pero al fin llegaba. En efecto: Plácido se presentó en la sala, acompañado del amigo que había de presentarlo, y que lo presentó en toda regla. Fué recibido con sencillez, hasta con familiaridad, y, pasado el primer momento de expectación, la tertulia volvió á las animadas conversaciones que son el alma de las tertulias.

Plácido saludó á las personas que le eran de antemano conocidas; habló, ya con unos, ya con otros, un poco de política, algo de teatros, y bastante de equitación. Vió á Victoria, y le hizo una cortesía, enviándole una sonrisa, y, dando vueltas, fué al fin á sentarse al lado de Leocadia, con la más perfecta naturalidad, y entabló con ella media conversación. Digo media, porque Leocadia tenía un nudo en la garganta, y la lengua se le pegaba al paladar. No acertaba á coordinar dos ideas ni á unir dos palabras. Jamás le había sucedido una cosa semejante, y se desesperaba interiormente de su torpeza, y se afligía, y hubiera roto en llorar; pero ni llorar podía.

Tomaba, pues, parte en la conversación con

medias palabras, con monosílabos. Mas lo que no iba en lágrimas, iba en suspiros; pues los ojos se vengaban de la torpeza de la lengua, y, sin soltar prenda, dejaban comprender á Plácido que se complacían en verlo. Los labios echaban también su cuarto á espadas, pues para eso les ha dado Dios las sonrisas, y con ellas, sin hablar palabra, daban á entender todo lo que no decían, y aun mucho más de lo que callaban.

De esta manera hablaron un buen rato; mas no era cosa de estar toda la noche habla que te habla, y Plácido, con pretexto de ver un álbum de retratos, que había sobre una mesa, se apartó de Leocadia, dejándole una mirada de esas que llegan al alma. Luego se dirigió á la señora de la casa, se sentó junto á ella, hablándole con tanto acierto y con tanta gracia, que la hacía reír como á una tonta. Se echaba de ver que el mozo sabía perfectamente dónde le apretaba el zapato.

Cuando Leocadia se vió sola, sintió que podía respirar á sus anchas; halló más expedita su lengua, y su voz más segura; el peso que antes sentía la abandonaba, y se le ocurrían frases felices, palabras discretas, dichos agudos, todo lo que hacía un momento no le había ocurrido. No acertaba á explicarse qué especie de nube era la que había pasado por su imaginación, qué misteriosa ligadura había sujetado su lengua,



ni qué mano invisible ahogaba su voz, su voz limpia y sonora como la de una campanilla de plata.

Mas todo había pasado, y, á pesar de aquellos inexplicables desvanecimientos, se encontraba feliz, dichosa, como no recordaba haberlo sido nunca. Buscó con los ojos á Victoria, para ir á reunirse con ella, y hablar y reirse; porque tenía mucha necesidad de dar salida á sus pensamientos y abrir paso á su alegría. Buscóla, pues, y la encontró muy metida en conversación con el amigo de la casa que había presentado á Plácido, y creyó indiscreto interrumpirla.

Entonces reparó que la cabeza de su vecina proyectaba sobre la pared una sombra deforme, monstruosa, semejante á la que había visto retratarse en el espejo el día del lazo. Las facciones, desmesuradamente abultadas, presentaban contornos fantásticos, que cambiaban á cada instante de forma; la nariz se alargaba como una guadaña, la frente se hundía, y la boca, abriéndose y cerrándose, parecía morder algo que no se veía. El más pequeño movimiento alteraba las líneas de la sombra, y otra cabeza, igualmente fantástica, sustituía á la primera. Creeríase que la pared se entretenía en vomitar monstruos; era una sucesión continua de horribles cabezas, que se iban engendrando sucesivamente unas á otras.

Leocadia quería apartar la vista de aquellos diabólicos caprichos de la sombra; pero, sin querer, sus miradas volvían al mismo sitio, atraídas por una fuerza desconocida para ella. Era una terquedad de sus ojos, que no podía vencer; y las cabezas se sucedían, haciendo muecas imposibles, y dando vueltas sobre sí mismas con rapidez creciente: se empujaban unas á otras, se anudaban, se despedazaban entre sí; aquello era un torbellino de cabezas.

En esto sonó el piano, y Leocadia creyó despertar de un sueño; miró á la pared, y las cabezas habían desaparecido.

En medio del mayor silencio, una de las señoritas de la tertulía ejecutó, lo mejor que pudo, la sinfonía de *Guillermo Tell*. Las manos corrían por el teclado, y las cuerdas sonaban. ¿Qué más se le podía pedir á una aficionada que hacía poco más de un año que empezó á solfear? Acabó la sinfonía, en verdad, sin haberla empezado, recogió los parabienes que se le prodigaron, y se quedó tan satisfecha.

— Ahora (dijo uno de los circunstantes), vamos á oír la voz con que deben cantar los ángeles, si Leocadia quiere que la oigamos.

— ¡Yol! — exclamó ella, tratando de excusarse.

— Tú (añadió su madre, alzando la voz). No eres una profesora, ya lo sabemos.

Plácido acudió á ofrecerle el brazo para lle-



varla al piano, y no hubo más remedio. Cogió el brazo que se le ofrecía, y con cierta arrogancia que realizaba la natural distinción de su persona, se dirigió al piano, resuelta á cantar con toda su alma.

Sentóse, colocó un papel de música en el atril, sus dedos de niña trazaron sobre las teclas una rápida escala, y empezó el acompañamiento. Al modular la primera nota del canto, inclinó maquinalmente la mirada hacia la izquierda, y se encontró con los ojos de Victoria, que se había acercado al piano y la miraba de hito en hito, con mirada firme y penetrante como una espada, y la voz salió de su garganta áspera, indecisa, desafinada. Quiso reponerse, hizo un esfuerzo supremo, y prorumpió en un canto desabrido, insoportable. Las manos recorrían las teclas sin encontrar el acorde que buscaban, mientras la voz, siguiendo el curso de notas que no estaban escritas, hacía esfuerzos desesperados por coger el hilo de la melodía, que una mano invisible había hecho pedazos. La voz iba por una parte y el piano por otra, y se buscaban sin encontrarse; la desafinación los apartaba cada vez más, y el compás no parecía por ninguna parte.

Reinaba en la sala un silencio profundo; silencio terrible, semejante al de un sepulcro. En unos semblantes se veía retratada la compasión,

en otros el asombro, y en algunas bocas se veía asomar la punta de la risa; sólo Plácido aparecía pensativo, y Victoria seria y cejijunta.

Leocadia no pudo pasar del primer tiempo; sintió un temblor interior, que no le dejaba libres ni la voz ni las manos. Experimentó en su alma un peso extraordinario, se obscurecieron sus ojos, y se levantó para no caer, dirigiendo á Plácido una mirada de angustia indecible. Él le presentó su brazo, diciéndose á sí mismo:

— ¡Esto es inexplicable!

Á la madre de Leocadia la podían ahogar con un cabello; un color se le iba y otro se le venía.

Desde aquel momento, la tertulia languideció visiblemente, y alguno dijo:

— Parece que nos han hecho á todos mal de ojo.

Unos ahora, y otros luego, fué desapareciendo la concurrencia. Se despedían con cierta tristeza, como se despiden las gentes en un duelo.

Leocadia huyó á refugiarse en su cuarto, y allí, cubriéndose el rostro con las manos, se deshizo en lágrimas. Su madre entre tanto hablaba sola, repitiendo esta frase, que formaba todo su pensamiento:

« ¡Dios me perdone! ¡pero esa mujer es mala, mala, muy mala!»



## VII.

Servía en la casa de Leocadia una muchacha, que, si no admiraba como prodigio de perspicacia, poseía la malicia bastante para ir salvando los peligros de la vida. Se llamaba María; pero este hermoso nombre no sonaba nunca en sus oídos, pues no se la entendía más que por *Marusa*. De esta manera, con sólo nombrarla se dejaba entender que era gallega. Jamás se dirigía de frente al punto á que se encaminaba, y, como las mariposas y los gatos, daba muchas vueltas antes de llegar adonde iba.

Algo tenía ella entre ceja y ceja que le andaba haciendo cosquillas, y Leocadia era, como ahora ridículamente se dice, el *objetivo* de sus idas y venidas, de sus vueltas y revueltas, de sus medias sonrisas, de sus medias palabras y de sus miradas á hurtadillas; mas Leocadia, embebida en sus tristes pensamientos, no reparaba en ello.

Al fin la gallega encontró coyuntura, y aseguándose antes de que nadie podía oírla, llamó sobre sí la atención de Leocadia, y guiñándole confidencialmente el ojo, exclamó en voz baja:

— ¡Ay, señorita!

— ¿Qué? — preguntó Leocadia, mirándola con inquietud.

— Que algunas veces el demonio se nos mete en el cuerpo.

— ¡En el cuerpo! — repitió Leocadia.

— ¡Uf! — añadió Marusa.

— ¡Uf! — Vamos, ¿qué quiere decir uf?

— Quiere decir que me va V. á regañar mucho.

— ¡Á regañarte! ¿Qué has hecho para que yo te regañe?

— Nada, — contestó.

— Entonces, ¿por qué he de regañarte?

— Porque sí.

Leocadia quiso sonreírse, pero no hizo más que encogerse de hombros, y Marusa, dando vueltas entre los dedos á la punta del delantal, siguió diciendo:

— ¡Ya se ve! Á lo mejor la cogen á una desprevenida, y, quieras que no quieras.... allá va.

— ¡Allá va! ¿qué? — preguntó Leocadia.

— Pues, lo de siempre. Figúrese V. que es un buen mozo, que mira con una tristeza que parte el alma, y habla unas palabras que parecen de miel. Y ahora entra lo bueno: le coge á una la mano, le pone en ella esto ó lo otro, y aquí falta uno; y ahí queda eso.

— Yo no te entiendo, — le dijo Leocadia.

— Pues carta canta (replicó la gallega). Esta mañana me esperó en la esquina, y sin más ni más me dió un papel.... este papel que parece de seda.



—¿Quién te dió ese papel, Marusa?—le preguntó Leocadia.

—¡Quien! (exclamó.) No hay que preguntarlo; ese caballero que estuvo en casa la otra noche... que parece un rey... que pasa por aquí muchas tardes á caballo.

Bajó Leocadia los ojos, se puso encarnada como una amapola, y con mano temblorosa tomó el papel que Marusa le presentaba. Esta vió el cielo abierto, y, respirando como el que saca la cabeza del agua, se fué, haciendo sonar en su bolsillo cuatro duros lo mismo que cuatro soles.

La carta era de Plácido, y estaba concebida en estos términos:

«No sé, Leocadia, cómo recibirá V. mi atrevimiento; mas confío en que si he logrado inspirarle algún interés, encontraré disculpa á sus ojos. Pienso en V. hace mucho tiempo, y sólo deseo saber si son insensatas mis esperanzas. V. sola puede decírmelo. No me oculte V. ni mi ventura ni mi desgracia. La noche más feliz de mi vida ha sido la noche que la vi á V. en su casa, y, sin embargo, pasé un rato cruel al verla á V. abandonar el piano trémula y afligida. ¿Qué fué aquello? No lo sé; pero la juro con toda mi alma que desde aquel momento es más vivo y más profundo el afecto que le profeso: la hermo-seaba á V. la turbación en términos que yo no podré olvidarla nunca.»

Leocadia acabó de leer estos renglones, y cruzó las manos y miró al cielo, sintiendo en su alma la doble alegría de la gratitud y del amor, y exclamando con las lágrimas en los ojos:

—¡Qué pasión! ¡qué respeto! ¡qué nobleza!

Desde aquel momento sus oídos se dedicaron á espíar los ruidos de la calle. Á cada instante creía oír el galope de un caballo, porque se acercaba la hora en que Plácido solía pasar, y ella estaba deseando verlo, para decirle con una sola mirada todo lo que deseaba saber.

No tuvo paciencia para esperar más tiempo, y se puso en el balcón. Á los pocos instantes apareció Victoria en el suyo, y las dos amigas se encontraron; Leocadia, radiante de alegría, sonrosada por la emoción que agitaba su pecho; Victoria, pálida y sombría. En esto Plácido se presentó en la esquina, y el caballo avanzó por la calle, llegó al pie de los balcones, y saludó á las dos amigas, haciendo que el caballo se levantara de manos, como si el jinete quisiera volar. Entonces Leocadia agitó su hermosa cabeza, dejando caer una dulce mirada y una alegre sonrisa. Le decía que sí; sí, con la cabeza, con los ojos, con la boca, con el alma. Plácido se inclinó sobre la silla, se llevó la mano al corazón, y partió al galope.

—¡Hola! (exclamó Victoria con voz dura.) ¿Os entendéis?



Leocadia no sabía mentir, y, además, no podía ocultar su dicha.

— Sí, — le contestó.

— ¿Desde cuándo?

— Hoy.

— ¡Cómo!

— Me ha escrito.

— ¡Ya! (dijo Victoria, haciendo crujir su voz como el chasquido de un látigo.) ¿Se explica bien?

— Mira, — contestó Leocadia, enseñándole la carta de Plácido.

Tomó Victoria la carta, y la leyó; y doblándola con cuidadoso esmero, se la devolvió á Leocadia con una sonrisa llena de hiel, al mismo tiempo que salía de sus ojos una mirada fría como la nieve, que su amiga no pudo resistir, pues la sintió penetrar hasta sus huesos y helarle la sangre.

Empezaba á obscurecer, y soplaba un vientecillo poco agradable, y Leocadia abandonó el balcón, despidiéndose de la vecina, que le contestó con una mueca que transformó su semblante, haciéndolo aparecer horroroso.

Leocadia fué á buscar una butaca, en la que se desplomó, porque le pesaba el cuerpo de la misma manera que si fuera de plomo. Su madre le dijo:

— Del balcón, ¿eh? Del balcón; ¡maldito balcón, y, sobre todo, maldita vecina!

Leocadia sintió sueño, un sueño penoso, y, no obstante, no podía dormirse. Quiso levantarse, y no encontró fuerza para hacerlo; lo pies no la obedecían, los brazos se negaban á todo movimiento; pasó una nube por sus ojos; se creyó desprendida de sí misma; quiso gritar, y la voz se ahogó en su garganta; sólo su pensamiento pudo articular estas palabras:

— ¡Dios mío! Me muero.

## VIII.

Quando entraron luz, Leocadia parecía dormida; pero había en su actitud un abandono, una pesadez, más propia de la muerte que del sueño. Su madre se acercó á ella, notando su semblante extremadamente pálido. Le cogió una mano, y la encontró fría y los dedos rígidos.

— ¡Leocadia! ¡Leocadia! — gritó alarmada.

Y Leocadia abrió los ojos, y los clavó en su madre con profunda mirada.

— ¡Hija mía! — gritó otra vez la buena señora.

Y asiendo el cordón de la campanilla, la agitó con violencia, y toda la gente de la casa se reunió precipitadamente en la sala.

— ¡Un médico! (exclamó la madre.) ¡Un médico!.... ¡Mi hija se muere!

Salieron en busca de un médico.

Entre tanto, con la confusión que en tales ca-



sos ocurre, se le aplicaron los remedios caseros que se iban ocurriendo, y decían:

—Es un vahído.

—Un síncope.

—Un ataque de nervios.

Leocadia no se movía; su corazón palpitaba con ansia, y sus ojos se movían llenos de inquietud y llenos de vida, pero permanecía inmóvil y muda.

Llegó el médico, y todos los circunstantes respiraron. ¡Ah! El médico es un gran consuelo.

Se acercó á la enferma, y la examinó atentamente; hizo algunas preguntas, y pidió recado de escribir. Mientras recetaba los medicamentos más urgentes, dispuso que la condujeran á la cama; y luego que envió á la botica, él mismo, por medio de los recursos que encontró á mano, trató de reanimar el calor apagado de las extremidades.

La cara del médico estaba triste. Le interesaban, sin duda, aquella juventud y aquella belleza tan repentinamente heridas, como si las hubiera sacudido la explosión de un rayo.

De los medicamentos que trajeron eligió uno, y poniendo algunas gotas en una cuchara, lo aplicó á los labios de la enferma, que permanecieron inmóviles; los entreabrió suavemente, y depositó en la boca de Leocadia el líquido que contenía la cuchara. Entonces observó un ligero

movimiento: lo había tragado. Repitió la dosis, y ya los labios de la enferma cogieron el extremo de la cuchara, absorbiendo lo que ella contenía.

Después recetó otras medicinas, que se aplicaron inmediatamente, y ordenó el plan que debía seguirse, y esperó hasta ver los primeros efectos de la medicación empleada.

La primera señal fué un gran suspiro que exhaló la enferma. Luego advirtió que empezaba á verificarse la reacción que buscaba: había ya movimiento en los músculos de la cara, movía el brazo derecho, y la lengua había articulado algunas palabras ininteligibles.

Hechas estas observaciones, dijo el médico:

—Esto no va mal. Á lo menos, le salvaremos la vida.

Recomendó el silencio, previno con insistencia que no se le causara ninguna impresión desagradable, y tomó su sombrero: ya nada tenía que hacer allí; había hecho todo lo que podía hacerse.

Uno de los circunstantes, grande amigo de la casa, lo acompañó hasta el recibimiento, y lo detuvo en la puerta, preguntándole:

—¿Qué es esto?

—Una puñalada,—le contestó.

—¿Mortal?

—Peor.



—¡Peor!—repitió el amigo.

—Sí (añadió el médico). No puedo determinar claramente la causa de este fenómeno; es una parálisis general, que por fortuna no ha invadido ni el corazón ni el cerebro. La corregiremos en parte. No se puede hacer otra cosa.

—¿Y vivirá?—preguntó el amigo.

—Sí (contestó el médico). Vivirá, pero parálitica.

Esto lo dijo ya bajando la escalera.

Al volverse el amigo, se encontró con la madre de Leocadia.

—¿Qué dice el médico?—preguntó con voz ahogada.

—El médico, señora, dice que vivirá.

—¡Ah! (exclamó hecha un mar de lágrimas, y conteniendo los sollozos.) Dios le pague el consuelo de esas palabras; pero mi hija está herida de muerte por una mano traidora. Me la han matado; esa mujer la ha muerto.

—Señora....—le dijo su amigo, tratando de consolarla, y creyendo que el dolor trastornaba su juicio.

—Sí (insistió). Estoy segura de ello. Le ha mordido una víbora, y la ha envenenado. ¿Qué tiene? ¿Qué dice el médico que tiene?

El amigo no quiso nombrar la enfermedad, por no añadir angustia á su dolor, y no encontrando otra á mano, no supo qué contestarle.

—¡Ah! (exclamó la afligida señora.) El médico no lo sabe. Yo sí; yo sí lo sé.... Las madres lo sabemos todo. Yo sé lo que tiene.

Y acercándose al oído de su amigo, y oprimiéndole convulsivamente la mano, añadió:

—¡Esto es horrible!.... ¡Le han hecho mal de ojo!

FIN.

